

Nikos Kazantzakis

Zorba el griego

(Vida y andanzas de Alexis Zorba)

TRADUCCIÓN DE SELMA ANCIRA



Esta novela escrita entre 1941 y 1943, en la que se inspiró la película protagonizada por Anthony Quinn e Irene Papas, narra la historia de Zorba, un hombre sencillo y un apasionado de la vida que nos descubre su singular sentido de la libertad, el amor y el coraje: «Si hoy tuviera que elegir en el mundo entero un guía espiritual, un gurú como lo llaman los indios [...], seguro que elegiría a Zorba. Porque él tenía lo que un escritorzuelo necesita para salvarse: la mirada primigenia que, de un flechazo, atrapa su presa en vuelo; el instinto creativo, cada mañana renovado, de mirarlo siempre todo como si fuese por primera vez, devolviendo la virginidad a los elementos eternos —viento, mar, fuego, mujer, pan— de nuestra vida cotidiana».

Un libro impetuoso, apasionado y lleno de vida, que nos arrastra a esa sensación originaria de plenitud que sólo la literatura de verdad puede alcanzar.

Índice de contenido

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Nota de la traductora

Sobre el autor

PRÓLOGO

En muchas ocasiones sentí el deseo de escribir sobre la vida y las andanzas de Alexis Zorba, un viejo operario al que quise mucho.

Los viajes y los sueños han sido los mayores benefactores de mi vida; los seres humanos, vivos y muertos, me han ayudado poco en mi lucha. Sin embargo, si quisiera elegir entre las personas que han dejado las huellas más hondas en mi alma, tal vez destacaría a tres o cuatro: Homero, Bergson, Nietzsche y Zorba.

El primero fue para mí el ojo sereno y fulgurante —como el disco del sol— que todo lo ilumina con brillo redentor; Bergson me alivió de las insondables angustias filosóficas que atormentaron mi primera juventud; Nietzsche me enriqueció con otras angustias y me enseñó a transmutar la desdicha, la amargura y la incertidumbre en orgullo; y Zorba me enseñó a amar la vida y a no temer la muerte.

Si hoy tuviera que elegir en el mundo entero un guía espiritual, un *gurú* como lo llaman los indios, un *anciano* como lo llaman los monjes del Monte Athos, seguro que elegiría a Zorba.

Porque él tenía lo que un escritorzuelo necesita para salvarse: la mirada primigenia que, de un flechazo, atrapa su presa en vuelo; el instinto creativo, cada mañana renovado, de mirarlo siempre todo como si fuese por primera vez, devolviendo la virginidad a los elementos eternos —viento, mar, fuego, mujer, pan— de nuestra vida cotidiana. Poseía la firmeza en la mano, la frescura del corazón, la audacia de burlarse de su propia alma, como si dentro de sí tuviera una

fuerza superior a ella. Y, finalmente, su risa salvaje y cristalina brotaba de un pozo profundo, más hondo que las entrañas del hombre; estallaba liberadora desde el pecho ya viejo de Zorba, estallaba en los momentos cruciales y era capaz de derribar, y derribaba, todas las barreras —moral, religión, patria— que ha erigido el hombre desdichado y miedoso, para transitar sin muchos daños por su mísera vida.

Cuando comparo el sustento que durante tantos años me dieron los libros y los maestros para saciar un alma famélica y qué mente leonina me ofreció Zorba por alimento, en apenas unos meses, me cuesta reprimir la rabia y la tristeza. Una casualidad echó a perder mi vida; me encontré con este «anciano» ya muy tarde y ya era irrelevante lo que en mí aún podía ser salvado. El gran viraje, el cambio total de horizonte, «la transmutación por el fuego» y la «renovación» no se dieron. Ya era demasiado tarde. Y así Zorba, en vez de ser para mí un modelo de vida elevado y formativo, decayó y acabó siendo —¡ay!— un argumento literario para emborronar un montón de hojas de papel.

Este triste privilegio, el de transformar la vida en arte, resulta desastroso para muchas almas carnívoras. Porque así, al encontrar escape, la pasión vehemente huye del pecho y el alma se alivia, ya no se consume, no siente la necesidad de luchar cuerpo a cuerpo, participando directamente en la vida y en la acción, sino que se complace al ver cómo su ímpetu se desvanece, formando volutas de humo en el aire.

Y no sólo se complace sino que se siente orgullosa; piensa que está llevando a cabo una obra sublime, que transforma el instante efímero e irremplazable —el único que en el tiempo infinito tiene carne y sangre— en presunta eternidad. Y así fue como Zorba, todo él carne y huesos, en mis manos se redujo a tinta y papel. Sin quererlo, y es más, queriendo lo contrario, el mito de Zorba había comenzado a cristalizar dentro de mí desde hacía tiempo.

En mi interior se puso en marcha la transmutación alquímica; al principio era un estridor musical, una voluptuosidad febril y un malestar, como si hubiera entrado en el flujo de mi sangre un cuerpo extraño y el organismo luchara para domarlo y anularlo, asimilándolo. Y alrededor de ese núcleo comenzaron a correr las palabras, a rodearlo y a nutrirlo como a un embrión. Se afinaban los recuerdos borrosos, emergían las alegrías y las amarguras reprimidas, ascendía la vida hacia un aire más ligero, y Zorba se transformaba en una fábula.

Todavía no sabía qué forma dar a esa fábula de Zorba: romance, canción, intrincado cuento fantástico de *Las mil y una noches*, o transcribir de modo árido y seco las pláticas que mantuve con él en la costa de Creta donde vivimos, excavando convencidos de que encontraríamos lignito. Ambos sabíamos bien que esta meta práctica no era más que una coartada a los ojos del mundo; no veíamos la hora en que se pusiera el sol y terminaran su faena los obreros para acomodarnos los dos en la arena, comer nuestra apetitosa comida campesina, beber el vino brusco de Creta y ponernos a conversar.

La mayor parte de las veces, yo callaba; ¿qué le puede decir un «intelectual» a un titán? Lo escuchaba hablarme de su pueblo en el monte Olimpo, de las nieves, los lobos, los komitadjis^[1], Santa Sofía, del lignito, la granulita, las mujeres, Dios, la patria y la muerte..., y de pronto, cuando no podía más y las palabras ya no le alcanzaban, se levantaba de un salto y, sobre los panzudos guijarros de la playa, comenzaba a bailar.

Entrado en años, con el torso erguido, delgaducho, con la cabeza echada ligeramente hacia atrás, los ojos pequeños como los de un pájaro, bailaba y gritaba y batía en el mar las grandes plantas de sus pies, salpicándose el rostro.

Si hubiese hecho caso a su voz —no su a voz, a su grito— mi vida habría valido la pena; habría vivido con sangre y

carne y huesos lo que ahora medito como alucinado, llevándolo con tinta al papel.

Pero no me atreví. Veía a Zorba bailar, relinchando en mitad de la noche y vociferándome que me sacara también de encima el cómodo caparazón de la sensatez y la rutina, y que me embarcara con él en sus grandes viajes, pero yo permanecí inmóvil, tiritando.

Muchas veces me he avergonzado de mi vida, porque me he dado cuenta de que mi alma no osaba acometer lo que la suprema locura —la esencia de la vida— me pedía que hiciera; pero nunca me avergoncé de mi alma tanto como frente a Zorba.

Una mañana, al amanecer, nos separamos; yo tomé de nuevo rumbo al extranjero, incurablemente atacado por el mal fáustico de aprender; él emprendió camino al norte y acabó en Serbia, en una montaña cerca de Skopie, donde excavó un rico filón de granulita, enredó a varios ricachones, compró herramientas, reclutó obreros y de nuevo comenzó a abrir túneles en la tierra. Hizo saltar rocas, construyó caminos, abrió conducciones de agua, se edificó una casa, se casó —viejo todavía recio— con una bella viuda alegre, Liuba, y tuvo con ella un hijo.

Un día, en Berlín, recibí un telegrama: «Di con bellísima piedra verde, ven cuanto antes. Zorba».

Era la época de la gran hambruna en Alemania. El marco se había devaluado tanto que para hacer un pequeño pago transportabas los millones en un hato; y cuando ibas a un restorán y comías, tenías que desanudar tu pañuelo, repleto de billetes, y vaciarlo sobre la mesa para pagar; y llegaron días en los que se necesitaban diez billones para una estampilla.

Hambre, frío, chaquetas raídas, zapatos agujereados, las rojas mejillas alemanas ahora estaban amarillas. Con el viento de otoño, las personas se caían en la calle, como ho-

jas. A los pequeños les daban un trocito de goma para que lo mascaran, se entretuvieran, no lloraran. La policía patrullaba los puentes del río, para evitar que por la noche se arrojaran las madres con sus pequeños, para ahogarse, para salvarse.

Invierno, nevaba. En el cuarto de al lado, un profesor alemán, sinólogo, para calentarse cogía el largo pincel y, al modo complicado del Lejano Oriente, intentaba copiar alguna vieja canción china o alguna sentencia de Confucio. La punta del pincel, el codo levantado en el aire y el corazón del sabio debían dibujar un triángulo.

—Al cabo de pocos minutos —me decía, satisfecho— el sudor mana de mis axilas y así me caliente.

En esos crudos días recibí el telegrama de Zorba. Al principio me enfadé. Millones de seres humanos están humillados, postrados, a falta de un trozo de pan para reconfortar su alma y sus huesos, ¡y te llega un telegrama pidiéndote que emprendas un viaje de mil millas para ver una bella piedra verde! ¡Al diablo con la belleza, dije, que no tiene corazón ni le importa el dolor humano!

Pero de pronto me estremecí; el enfado había amainado y sentí con horror que ese grito inhumano de Zorba respondía a otro grito inhumano dentro de mí. Salvaje, un ave rapaz desplegaba sus alas en mi interior para ir.

Pero no fui; de nuevo no me atreví. No tomé el tren, no seguí el grito divino y bestial que salía de mi interior, no acometí ninguna acción audazmente descabellada. Seguí la voz parca, fría, humana de la sensatez. Y tomé la pluma y escribí a Zorba, explicándole...

Y él me respondió:

Eres, y me disculparás, patrón, un chupatintas. Podrías haber visto tú también, infeliz, por una vez en tu vida, una bella piedra verde y no has querido. Te lo juro por Dios, alguna vez cuando he estado sin trabajo pensaba, y para mis adentros me decía: «¿Hay o no hay in-

fierno?». Pero ayer, al recibir tu carta, me dije: «¡Seguro que debe haber Infierno para algunos chupatintas!».

Los recuerdos se pusieron en movimiento, empujándose unos a otros, con prisa. Llegó el momento de poner orden. De empezar con la vida y las andanzas de Zorba desde el principio. Hasta los sucesos más insignificantes relacionados con él resplandecen en este instante en mi mente: claros, ágiles y preciosos, cual peces multicolores en un diáfano mar de verano. Nada suyo ha muerto dentro de mí, lo que Zorba tocó, parece haberse vuelto inmortal, y sin embargo, cierto desasosiego repentino me perturba en estos días: hace dos años que no recibo carta de él, ha de tener ya setenta y tantos años, puede que esté en peligro. Seguro que está en peligro. No puedo explicar de otro modo la súbita necesidad que se apoderó de mí de recopilar todo lo que tiene que ver con él, de recordar todo lo que me dijo y lo que hicimos, y de inmovilizarlo en el papel, para que no se desvanezca. Como si quisiera conjurar la muerte, su muerte. No es un libro lo que escribo, me temo, sino unas exequias.

Tiene, ahora lo veo, todas las características de las exequias. La bandeja engalanada de *kólivas*^[2] copiosamente espolvoreadas de azúcar y, con canela y almendras, el nombre escrito encima: Alexis Zorba. Veo el nombre y, de golpe, el mar azul añil de Creta se agita y zarandea mi mente. Palabras, risas, danzas, borracheras, inquietudes, reposadas conversaciones al atardecer, los redondísimos ojos que, tiernos y desdeñosos, se clavaban sobre mí, como si a cada instante me dieran la bienvenida, como si a cada instante me dijese adiós, para siempre.

Y al igual que cuando vemos la bandeja fúnebre decorada profusamente, otros recuerdos se arraciman como ristras de murciélagos en la gruta del corazón, así, sin yo quererlo, desde el primer momento se confundió con la sombra de Zorba otra sombra querida, y detrás de ella, inesperada-

mente, otra más: la de una mujer venida a menos, muy pintarrajeada, muy besuqueada, a la que Zorba y yo habíamos conocido en una playa de Creta, en el mar de Libia...

Sin duda el corazón del hombre es una fosa cerrada, llena de sangre y, cuando se abre, corren a beber y a revivir las inconsolables sombras sedientas que sin cesar se amontonan a nuestro alrededor y entenebrecen el aire. Corren a beber la sangre de nuestro corazón, porque saben que otra resurrección no existe. Y delante de todas corre hoy Zorba con sus grandes zancadas y aparta a las otras sombras, porque sabe que las exequias, hoy, son para él.

Démosle pues nuestra sangre para que reviva.

Hagamos cuanto podamos para que viva un poco más ese extraordinario comilón, borrachín, buscavidas, mujeriego y trotamundos. El alma más grande, el cuerpo más dotado, el grito más libre que yo haya conocido en mi vida.

1

Lo vi por primera vez en El Pireo. Había ido al puerto a tomar el barco rumbo a Creta. Era casi el alba. Llovía. Soplaban un fuerte siroco y las salpicaduras del mar llegaban hasta el pequeño café. Con las puertas de cristal cerradas, el aire olía a hedor humano y a salvia. Afuera hacía frío y las ventanas se habían empañado. Cinco o seis marineros trasnochados, con sus camisetas marrones de lana de cabra, tomaban café e infusiones de salvia y miraban el mar a través de los enturbiados cristales.

Los peces, atolondrados por los embates de la tempestad, habían encontrado refugio en la serenidad de las aguas profundas, y esperaban a que la superficie del mar se calmara; y los pescadores, apretujados en los cafés, también estaban a la espera de que aquella agitación divina cesara para que los peces perdieran el miedo y volvieran a la faz del agua a picar. Los lenguados, las escorpinas, las rayas regresaban de sus incursiones nocturnas a dormir. Amanecía.

La puerta de cristal se abrió; entró uno del puerto, bajo, cargado con un zurrón; la cabeza descubierta, los pies descalzos, lleno de lodo.

—Eh, Konstantís —gritó un viejo lobo de mar con un chaquetón de un azul grisáceo—, ¿cómo te va?

Konstantís escupió crispado.

—¿Cómo me va a ir? —respondió—. ¡Buenos días, tabernero! ¡Buenas tardes, casa! ¡Buenos días, tabernero! ¡Buenas tardes, casa! Ésa es mi vida. Trabajo, ¡nanay!

Algunos rieron, otros menearon la cabeza, blasfemaron.

—La vida es de por vida —dijo un bigotudo que había hecho sus estudios de filosofía con Karagiozis^[3]; de por vida, ¡maldita sea!

Una luz verdeazulada se derramó sobre los cristales sucios, entró en el café, se quedó suspendida de las manos y las narices y las frentes, saltó a la chimenea e hizo refulgir las botellas. Las lámparas eléctricas perdieron su fuerza, el tabernero, amodorrado e indolente, alargó el brazo y las apagó.

Un instante de silencio. Todos los ojos se elevaron y miraron afuera el cenagoso día. Se oyó a las olas que reventaban bramando, y dentro del café, el gorgoteo de algunos narguiles.

El viejo lobo de mar suspiró.

—¡¿Cómo le irá al capitán Lemonís?! —gritó—. ¡Que Dios lo ayude!

Miró con ojo airado en dirección al mar.

—¡Mal rayo te parta, fabricante de viudas! —gruñó mordiéndose el canoso bigote.

Yo estaba sentado en un rincón, tenía frío, pedí una segunda salvia; quería dormir; luchaba contra el sueño, contra el cansancio y contra la desolación del amanecer. Miraba a través de los empañados cristales el puerto que despertaba con las sirenas desgañitadas de los barcos y los gritos de los carreteros y los barqueros. Miraba, miraba, y un muy compacto palangre tejido de mar, lluvia y exilio, envolvía mi corazón.

Había clavado los ojos enfrente, en la negra proa de un barco grande, hasta la borda sumergido aún en la noche. Llovía, y veía los hilos de lluvia unir el cielo con el lodo.

Y mientras miraba el barco negro y las sombras y la lluvia, poco a poco iba adquiriendo forma mi amargura, emergían los recuerdos, mi amigo amado se me aparecía en el aire húmedo, hecho de lluvia y anhelo. ¿Cuándo había venido a este mismo puerto a despedirlo? ¿El año pasado?,

¿en otra vida?, ¿ayer? Recuerdo lluvia y frío, y el alba, como ahora; y el corazón, como ahora, se henchía inquieto.

¡Qué amarga pócima tener que separarse poco a poco de los seres queridos; mejor sería cortar de cuajo y quedarse de nuevo solo, en el ambiente que es connatural al hombre, la soledad! No obstante, aquel lluvioso amanecer, no podía dejar de pensar en mi amigo. (Más tarde entendí, por desgracia ya muy tarde, el porqué). Había subido con él al barco y estaba sentado en su camarote, entre las maletas desperdigadas. Mientras él miraba a otro lado, yo lo observaba sosegadamente, con insistencia, como si quisiera dejar uno a uno grabados en mí sus rasgos —sus luminosos ojos verdeazulados, su regordete rostro juvenil, su expresión refinada y orgullosa y, por encima de todo, sus manos señoriales de largos dedos.

Hubo un momento en que alcanzó a ver mi mirada deslizándose por él, ávida, absorbente; se giró con ese aire de sorna que asumía cuando intentaba esconder su emoción. Me había sorprendido, se había dado cuenta. Y para disimular la tristeza de la separación:

—¿Hasta cuándo? —me preguntó con sonrisa irónica.

—¿Hasta cuándo qué?

—¿Vas a seguir rumiando papel y embadurnándote de tinta? Vente conmigo; allá, en el Cáucaso, miles de los nuestros están en peligro, vayamos a salvarlos.

Rió como si quisiera burlarse de sus nobles intenciones.

—Es posible, desde luego, que no los salvemos —añadió—; pero en el intento de salvarlos, nos salvaremos. Así es, ¿o no? ¿No es eso lo que tú predicas, maestro? «La única forma de salvarse uno mismo es luchar para salvar a los otros...». Adelante, pues, maestro predicador... ¡Vamos!

No respondí. La santa, madre de dioses, Anatolia, las altas montañas, el grito de Prometeo encadenado en la roca... Aquellos años, encadenada en esas mismas rocas, nuestra raza gritaba. Estaba en peligro; llamaba a un hijo suyo para que la salvara. Y yo la oía impasible, como si el

dolor fuese un sueño y la vida una tragedia fascinante, y fuese una grande grosería y una enorme ingenuidad saltar del palco al escenario e intervenir en la acción.

Mi amigo, sin esperar respuesta, se levantó. La sirena del barco sonó por tercera vez. Me tendió la mano:

—¡Adiós, ratón de biblioteca! —dijo en tono de guasa para ocultar su emoción.

Él sabía bien que es una vergüenza que uno no pueda dominar su corazón. Lágrimas, palabras tiernas, gestos desordenados, las familiaridades del pueblo le parecían flaquezas indignas del ser humano. Nunca, nosotros que nos queríamos tanto, habíamos intercambiado una palabra tierna; jugábamos y nos arañábamos como fieras. Él, refinado, irónico, civilizado; yo, bárbaro. Él, reservado, capaz de expresar todas las manifestaciones de su alma con una sonrisa; yo, brusco, estallando en una risa inoportuna e incivilizada.

También yo traté de camuflar con alguna palabra dura mi turbación, pero me avergoncé. No, no me avergoncé, no pude. Apreté su mano; la mantuve apretada, no la soltaba. Me miró con desconcierto.

—¿Conmovido? —me preguntó intentando sonreír.

—Sí —le respondí sereno.

—¿Por qué? ¿No habíamos ya quedado en algo? ¿No hace años ya que habíamos llegado a un acuerdo? ¿Cómo dicen tus amados japoneses? *Fudoshin!* Impasibilidad, imperturbabilidad, el rostro sonriente de una máscara inalterable. Lo que ocurre detrás de la máscara es asunto personal.

—Sí —respondí de nuevo, intentando no exponerme con alguna frase larga; no estaba seguro de poder gobernar mi voz, de conseguir que no temblara.

En el barco, de camarote en camarote, se oyó el gong que invitaba a los visitantes a salir. Lloviznaba. El aire se llenó de conmovedoras palabras de despedida, promesas, largos besos, encargos apresurados, jadeantes... La madre

caía en los brazos del hijo, la mujer en los del marido, el amigo en los del amigo. Como si se separaran para siempre; como si esta breve separación les hiciera pensar en la Grande. Y la dulcísima reverberación del gong de pronto retumbó en el aire húmedo, de popa a proa, como una campana fúnebre.

Mi amigo se inclinó:

—Oye —me dijo—, ¿no tendrás una mala corazonada?

—Sí —respondí de nuevo.

—¿Crees en esos cuentos?

—No —repliqué con firmeza.

—¿Y entonces?

No había entonces; no creía, pero tenía miedo.

Mi amigo posó suavemente su mano izquierda sobre mi rodilla como solía hacerlo cuando, en los momentos más cordiales de nuestras conversaciones, yo lo empujaba para que tomara alguna decisión y él se resistía y finalmente aceptaba y me rozaba la rodilla, como diciéndome: «Haré lo que tú quieres, por amor...».

Parpadeó dos o tres veces. Me miró de nuevo. Comprendió que estaba muy triste y dudó antes de recurrir a nuestras armas preferidas —la risa, la chanza...

—Bien —dijo—. Dame la mano; si uno de los dos llegara a encontrarse en peligro de muerte...

Se detuvo, como si se avergonzara. Nosotros, que durante años nos burlamos de las volátiles acrobacias de la metapsíquica y echábamos en el mismo saco a los vegetarianos, los espiritualistas, los teósofos y los ectoplasmas...

—¿Qué? —pregunté intentando adivinar.

—Tomémoslo así, como un juego —dijo, apresuradamente, para escabullirse de la peligrosa frase en la que se había metido—. Si uno de los dos llegara a encontrarse en peligro de muerte, que piense en el otro con tanta intensidad que consiga comunicárselo, esté donde esté... ¿De acuerdo?